

LA SOLEDAD DE MARÍA - M^a Vicenta Horcas Poyato

Sábado Santo ¡Cristo ha muerto! Hoy los sagrarios están vacíos, no hay misa. Hoy miramos a María y contemplamos su soledad.

Al pie de la Cruz ha recibido a toda la humanidad como hijos y ahora tiene pendiente de ella a Juan, que ha asumido su misión, y a la Magdalena y demás mujeres que no la quieren dejar sola. Sin embargo, en el momento en que la Virgen abandona el calvario contemplamos a una mujer radicalmente sola.

¿Por qué hoy contemplamos la soledad de María? La soledad de la Virgen es la soledad de la fe. Está sola porque sigue siendo, como siempre, la mujer de la fe. Esa fe es la que le hace estar sola porque a su alrededor nadie cree. Entre la muerte y la resurrección de Jesús sólo María mantiene la fe. Por eso está sola, aunque tenga mucha gente a su alrededor. María en su soledad sufre. ¡Como no va a sufrir! Ha visto el sufrimiento de su Hijo y llora. ¡Cómo no va a llorar! ¿A qué madre no le afecta la humillación de un hijo? Posiblemente le duela más que su propio dolor. La diferencia está en que ella sabe que su dolor, la humillación de su Hijo y su propia muerte no tienen la última palabra. Sabe que su Hijo no ha sido vencido. Ella espera la victoria.

Continúa sola porque continúa diciendo sí a Dios y a su designio de amor al hombre. Y en su soledad ahora también dice *"Aquí está la esclava del Señor"*.

A veces Cristo, en nuestra vida, parece que no está, que ha desaparecido o nos da la sensación de que nos ha abandonado. En nuestras dificultades, en la cruz, en nuestros

sufrimientos parece que estamos solos. María, en este Sábado Santo nos enseña a decir *"Fiat, hágase"*.

La Virgen de la Soledad

Cada Semana Santa, por las calles de nuestros pueblos y ciudades cruzan al compás de tambores y cornetas los pasos de pasión, entre ellos la Virgen de la Soledad. En Ontinyent tenemos una magnífica obra de arte de Virgen de la Soledad que es del escultor D. Mariano Benlliure Gil.

En este artículo vamos a conocer otra de las muchas imágenes que tenemos en los distintos pueblos y ciudades de España.



La Virgen de la Soledad de Zamora.

pastoralsj.or

Cada noche de Sábado Santo, Zamora se sobrecoge al ver salir a sus calles a la Virgen de la Soledad. Se trata de una imagen del año 1886, fruto del arte y sobre todo de la fe del imaginero Ramón Álvarez.

Su secreto es uno solo: la sencillez. Sencillez que se expresa en su vestimenta de luto severo y riguroso. Sencillez que se plasma en sus manos entrelazadas y orantes que buscan aceptar una voluntad de Dios que María no acaba de entender por la tristeza y el desgarró, pero que intuye que no dejará a su Hijo en el sepulcro. Sencillez que se encarna en su rostro triste, de ojos bajos y lastimeros, de los que caen unas pocas lágrimas tan sentidas como discretas. Sencillez de la fe de una mujer del pueblo que dejó que el Señor obrara en ella maravillas, aunque esto no le ahorrara el sufrimiento. Sencillez que, en el

fondo, ha hecho que los zamoranos de tantas generaciones hayan reconocido en ella a su Madre: miembro de nuestro pueblo, que sufre y espera como nosotros, tratando de encajar desde la fe y la esperanza, el dolor que genera la pérdida de aquel a quien se ama.

La imagen de la Virgen, llorando discretamente, sin aspavientos, hacia adentro, nos lleva a aquel primer Sábado Santo de la historia en el que María tuvo que permanecer en casa, sin poder visitar el sepulcro, porque, el precepto del Sabbat se lo impedía. Seguramente entonces se dio alguna escena como la que plasma esta imagen, o la que representan tantas otras de la Virgen de la Soledad que se encuentran repartidas por nuestros pueblos y ciudades. Nuestra Señora, de pie como mujer fuerte, lloraría hacia adentro, buscando en su interior ese consuelo y esa esperanza que solo Dios puede dar desde la fe.

La Virgen de la Soledad, en el interior de aquella casa, se vuelve hoy un icono y un refugio potente de todas aquellas personas que han tenido que despedir y despiden a sus seres querido, sin poder acompañarlos. De todos los que han muerto de manera imprevista y acelerada por cualquier causa. De los que han sufrido un vertiginoso deterioro a causa de la soledad y la falta de estímulos y compañía. Ella, desde su sencillez y desde su soledad, llora con ellos, ora con ellos y espera con ellos la llegada de esa luz sin ocaso de la Resurrección.

